

LA TRIPLE MEDIACIÓN DE LA INMACULADA, LA EUCARISTÍA Y EL MINISTERIO PETRINO, EN LA EDIFICACIÓN DE LA IGLESIA PEREGRINA HASTA LA PARUSÍA.

Son tres las mediaciones necesarias e indisociables para la edificación de la Iglesia, como instrumento de la dilatación del Reino hasta su plenitud escatológica en la Parusía del Señor— que algunos movimientos de la Iglesia llaman, con sugerente y amoroso simbolismo, “las tres blancuras”: la Inmaculada, la blanca Hostia y la blanca sotana del Papa —, según un orden de prioridad fundante; que derivan —y participan— de la Única Mediación Capital de Cristo.

La primera, la mediación materna de María, hace posibles las otras dos, comenzando por la Eucaristía, que aplica, en el orden de la redención subjetiva, los frutos salvíficos del Sacrificio del Calvario que María contribuyó a adquirir en el orden de la relación objetiva. Por disposición divina fué predestinada con su Hijo, antes de la previsión del pecado, a una plenitud de santidad inmaculada —por admirable y perfectísima redención preservativa—, para asociarla a la obra salvífica del Dios hombre Redentor, de manera singular y única (LG 61).¹ Su presencialización sacramental en la Eucaristía, de la que vive la Iglesia, incluye, pues, la presencia de María en el ejercicio de su maternidad espiritual sobre la Iglesia. De esta misteriosa presencia —de su persona glorificada y de su obrar salvífico por inseparabilidad respecto a la de su Hijo —a la que alude brevemente la Encíclica en el cap. V, que me propongo tratar aquí con algún detenimiento en un esbozo de profundización que reclama mayores desarrollos y puntualizaciones—.

La Eucaristía —la segunda mediación— es, a su vez, la razón formal de la tercera, el ministerio petrino, que fue instituido por Cristo para asegurar la unidad en la fe y en la comunión que dan vida a la Iglesia. Pedro, la roca firme, garantiza la recta celebración del sacrificio eucarístico —del que vive la Iglesia— hasta que Él venga (cfr. 1 Cor 11, 26), como *principio de unidad en la fe y en la comunión* del sacerdocio jerárquico, capacitado, por el carácter del orden, a renovar *in persona Christi* el divino Sacrificio del Calvario.

Tal es el fundamento de la doble dimensión *petrina* —jerárquica y ministerial— y *mariana* —materna— de la Iglesia, que tiene su origen —a modo de impronta causal— en el dinamismo salvífico de la Eucaristía, en tanto que implica, e incluye en indisociable sinergia operativa, el influjo ejemplar y eficiente de las otras dos mediaciones, mariana y petrina. La Eucaristía es, en efecto, como afirma el último Concilio, “la fuente y culminación de toda la predicación evangélica” (PO 5) y “la cumbre a la que tiende toda su actividad, y al mismo tiempo, la fuente de donde mana toda su fuerza” (SC. 10). Pero lo es —siempre y sólo, hasta el Reino consumado cuando Él vuelva—, “con Pedro y por María”

1. *La Eucaristía hace la Iglesia*

Cristo Redentor según el designio salvífico de Dios, ha querido asociar a la Iglesia, su Esposa, como corredentora, en la dispensación del tesoro Redentor, mediante la celebración del Sacrificio eucarístico en el que radica el mismo origen y existencia de la Iglesia y toda su actividad salvífica, que se ordena a la Eucaristía como a su fuente, centro y culminación. “La Cruz lo hace todo, la Misa lo aplica todo”². La primera es sacrificio de Cristo solo, al que quiso

¹ Sobre este tema cf. mi ponencia al Simposio de 2004, *The Immaculate Conception as condition of possibility of the Corredemption*, en la Actas publicadas en 2005.

² E. SAURAS, ver nt.10. Véase el capítulo II de la Encíclica “Ecclesia de Eucharistia”. La *Resurrección* no merece la gracia que reconcilia con Dios, ni satisface por el pecado (*mediación ascendente*), sino que lleva —en cuanto es *merecida* por el amor obediente del Redentor a lo largo de todos los “acta et passa” de su vida, de un infinito valor satisfactorio y meritorio— a su plenitud (en el orden de la *mediación descendente*), el triunfo de Cristo sobre el pecado y el “príncipe de este mundo” en la Cruz

asociar a su Madre, la Inmaculada Corredentora. La segunda es sacrificio de Cristo y de su Esposa, la Iglesia, que debe aportar, como corredentora –en el orden de la redención subjetiva–, lo que falta a la Pasión de Cristo (Gal 1, 14), “para que se realice la obra de la redención”, aplicando sus frutos a través del tiempo y del espacio.

*Como María, tipo y figura perfecta de la Iglesia, fue asociada en la redención objetiva a todos los dolores del nuevo Adán -que ofreció heroicamente en unión de su Hijo con amor obediente, como nueva Eva- también la Iglesia peregrina -edificada sobre Pedro, y siempre bajo Pedro y en Pedro- debe intervenir en la aplicación del tesoro redentor –en el orden de la redención subjetiva-, de modo tal que Cristo nos comuniquen -por su Espíritu, fruto de la Cruz- su Vida y sus otros dones a ella ordenados (caracteres, carismas, etc), con la cooperación de su Esposa, que lo hace presente sacramentalmente entre nosotros, por el ministerio del sacerdote, en el misterio eucarístico: es decir, precisamente en cuanto sacramentado. Es decir, no sólo en cuanto está en el cielo, sino -siempre y sólo- en cuanto “sacramentado”, por la acción litúrgica de la Iglesia que celebra la Eucaristía; pues “la Iglesia hace la Eucaristía y la Eucaristía hace la Iglesia”.*³

Tal es la exégesis tradicional de la Escritura que pasa de la patrística a la teología medieval, testimoniada por Sto. Tomás de Aquino -recordada en el Catecismo de C. de Trento (“Eucharistia fons, coetera sacramenta rivuli”), común en la doctrina teológica, si bien bastante abandonada en las últimas décadas.

Sin embargo, parece imponerse, del examen atento de las fuentes teológicas, que hemos estudiado detenidamente en otros estudios aquí citados,⁴ la respuesta afirmativa, que es sostenida por Santo Tomás, brillantemente expuesta por Juan de Sto. Tomás y otros muchos autores; muy especialmente, por E. Sauras, que ha estudiado profunda y extensamente el tema en numerosos trabajos⁵. San Josemaría E. formula con gran fuerza expresiva:

<<El sacrificio (eucarístico) de Cristo, ofrecido al Padre con la cooperación del Espíritu Santo, eterniza en nosotros la Redención... *El amor de la Trinidad a los hombres hace que de la Eucaristía nazcan*, para la Iglesia y para la humanidad, *todas las gracias*>>⁶

<<Cristo vive en su Iglesia... en sus sacramentos, en su liturgia, en su predicación, en toda su actividad. De modo especial Cristo sigue presente en nosotros, en su entrega diaria de la Sagrada Eucaristía... La presencia de Jesús vivo en la Hostia Santa es la *garantía*, la raíz y la consumación de su presencia en el mundo>>⁷.

Precisamente porque es *raíz de toda la vida sobrenatural* -o su fuente (“Eucharistia fons, coetera sacramenta rivuli”, había escrito el Catecismo del C. de Trento)- *no existe* -tal es el sentido del texto que acabamos de citar- *otra “garantía” de la presencia salvífica de Cristo salvador en el mundo, por cualesquiera medios de santificación, que su presencia eucarística, pues de ella*

gloriosa, en la “hora” de la glorificación del Hijo del hombre (Jn 12, 31), que nos reconcilia con Dios. Por eso dice el Apóstol: “murió por nuestros pecados y resucitó para nuestra justificación” Rm 4, 25).

³³ DE LUBAC, *Meditación sur l’Eglise*, París, 1968, p. 101. *Corpus Mysticum: l’Eucharistie et l’Eglise au Moyen age*, 1946, del mismo A. La frase, acuñada por De LUBAC. (*Ibid*), ha sido asumida por la catequesis de Juan Pablo II, y por el mismo Catecismo de la Iglesia Católica de 1992 (CEC 1396). Cfr. J. FERRER ARELLANO, *La Eucaristía hace la Iglesia*” en *Scripta Theologica* XXXIII (2001), 243-258.

⁴ Un resumen de la argumentación puede verse en *Mariam Corredemption and sacramental Mediation*, en actas del IV Simposio 2003, de la Academy of Immaculata celebrado en Worth Abey (Sussex), Inglaterra.

⁵ Cfr. E. SAURAS, Comentarios a q. XIII de la S. Th. de la edición bilingüe de la BAC (que cita y resume otros escritos del A.), al que es de justicia destacar entre otros AA. como De la Taille, Filagrassi, Dieckamp, K. Rahner, De Lubac, Journet, etc... Este último autor escribe “*toda la gracia santificante del mundo depende de la gracia de la Iglesia, y toda la gracia de la Iglesia depende de la Eucaristía*” (*L’Eglise du Verbe Incarné*, París 1986, 145 ss, t. II, p. 670), cit. por PABLO VI. (Alocución 15-IX-65)

⁶ San Josemaría, *Es Cristo que pasa*, n. 86. Los subrayados son míos (también en la cita siguiente).

⁷ San Josemaría, *Es Cristo que pasa*, n.102. El subrayado es mío.

derivan eficientemente -y a ella se ordenan como fin y culmen de la vida de la Iglesia-, tanto de origen sacramental como extrasacramental. *Si desapareciera la Eucaristía, desaparecería la Iglesia.*

Pero la Iglesia es indefectible; las potestades de las tinieblas jamás podrán conseguirlo. (Cfr. Mt. 16, 18). Quizá por eso el Señor ponga en relación el enfriarse de la caridad y la apostasía de los últimos tiempos "¿acaso encontrará fe sobre la tierra?", que da lugar a la tribulación suprema "cual no la ha habido ni la habrá", que será abreviado en gracia a la oración de los elegidos, cuando llegue "la abominación de la desolación en el lugar sagrado" (Mt 24, 21 ss)⁸, predicha por Daniel. Esta no es otra que "la desaparición de la Hostia y el sacrificio perpetuo": del Sacrificio eucarístico, según la exégesis patrística a Dan. 9,27⁹:

¿No se da a entender ahí (Mt 24, 21 ss.) que la abominación en el culto, cuyo centro, culmen y raíz es el misterio eucarístico, da lugar a la desolación en el mundo, que redimido por Cristo, se convierte en un "desierto salitroso e inhabitable" (Jer. 17, 6) por secarse las fuentes de agua de vida (Jer. 2, 13–15)? Desde esta perspectiva, la intervención del castigo purificador del mundo de la tribulación suprema "cual no la ha habido ni la habrá" (Mt 24, 21) que va unida a la justicia divina, aparece como una gran misericordia, pues se impide así una destrucción del mundo total e inevitable, por haber perdido su única razón de ser: la glorificación de Dios, que solo el sacrificio eucarístico propiciatorio por el pecado puede procurar.

Puede considerarse, pues, esa suprema tribulación como el período culminante de la Pasión mística de la Iglesia –de Cristo glorioso en sus miembros– que completa la medida prevista por la Providencia de sufrimientos corredentores que faltan a la Pasión de Cristo, como preludio de la Resurrección triunfante de la Iglesia, una vez completado el número de los elegidos que forman el Cristo total.

2. La necesaria mediación del ministerio petrino -fundado en la Eucaristía- en el origen y edificación de la Iglesia peregrina sobre la solidez de la roca apostólica.

Se comprende después de lo dicho que *la institución de la Eucaristía fue entre todos los actos precedentes de su vida pública que la preparan, el acto fundacional por excelencia* -en el que convergen todos los otros- *que da origen a la Iglesia, nacida, "quasi in occulto" en el Calvario, del costado abierto de Cristo* -recordando el origen bíblico de la primera mujer-, *y manifestada públicamente en Pentecostés*; porque de una manera dinámica, misteriosa y sacramental, *presencializa en el tiempo y en el espacio el sacrificio redentor de Cristo para que se realice la obra de la salvación contando con su libre cooperación de su Esposa* (adquirida y purificada al precio de su Sangre)¹⁰, hasta que vuelva a entregar su reino al Padre. *"Esta es mi sangre de la alianza". "Díareje" es alianza y es testamento: el patrimonio de los bienes salvíficos de la nueva y definitiva alianza que entrega a la Iglesia se concentra en la Eucaristía*¹¹.

*La Iglesia se constituye en nueva "Arca de la alianza" salvífica de Dios con los hombres, tipificada por María y prefigurada en las alianzas veterotestamentarias, cuando Cristo entrega al colegio apostólico -con Pedro como cabeza- ese poder de celebrar la Eucaristía (que configura el carácter sacerdotal indeleble del ministerio apostólico, participación de la potestad -exousia- que el Padre entregó a Cristo con la unión hipostática, unguido por el Espíritu Santo desde su Encarnación en el seno virginal de María "propter nos homines et propter nostram salutem")*¹² *al darles la orden de renovar el rito de institución de la Eucaristía: "haced esto en memoria mía", hasta su retorno al final de los tiempos*¹³. Por eso *la Iglesia, estructura orgánica institucional y*

⁸ Cfr. Mt. 24 y lugares paralelos.

⁹ Cfr. Dan. 8,12; 11,32.

¹⁰ Cf. PABLO VI, *Credo del Pueblo de Dios*, n. 24.

¹¹ Cf. COLLANTES, *La Iglesia de la palabra*, II, Madrid, 1972, p. 177.

¹² Cf. Mt. 28, 18.

¹³ La Eclesiología ortodoxa es eucarística y sofíánica, cfr Hans Urs Von BALTHASAR, *La gloria y la Cruz*, (Estilos II). S.Boulgakof y V.Soloviev gustan presentar a la Iglesia bajo el símbolo de la divina Sofía, tema de los libros sapienciales, contemplada con los rasgos femeninos de la Mujer de Gen 3,5 y Ap.12. La

visible que hace posible la renovación incruenta del sacrificio del Cristo que vence para siempre al pecado y a la muerte, permanecerá inalterable a pesar de las asechanzas del enemigo. "Estaré con vosotros todos los días hasta la consumación del mundo" (Mt. 28, 20), porque el Espíritu Santo garantiza ese "anunciar la muerte del Señor" del sacrificio eucarístico "hasta que venga (1Cor 11,26)".

Pedro, la roca firme, asegura esa indefectibilidad al garantizar¹⁴ la recta celebración del Santo sacrificio de la Misa, como principio de unidad, en la fe y en la comunión, de la estructura jerárquica ministerial del sacerdocio ministerial, capacitado por el carácter del orden, a renovar "in persona Christi Capitis", el divino Sacrificio del Calvario. Tal es la dimensión petrina de la Eucaristía, al servicio de la indefectibilidad de la Iglesia.

Por eso la comunión jerárquica –que hace legítima la comunidad que celebra la Eucaristía– no es un añadido exterior a la Eclesiología eucarística, sino su condición interna. No es otra la razón formal del "ministerio petrino": asegurar esa unidad de fe y de comunión garantizando así la legitimidad del culto eucarístico, fuente y culmen de toda la actividad salvífica de la Iglesia (SC10).

"El tesoro eucarístico que el Señor ha puesto a nuestra disposición nos alienta hacia la meta de compartirlo plenamente con todos los hermanos con quienes nos une el mismo Bautismo. Sin embargo, para no desperdiciar dicho tesoro se han de respetar las exigencias que se derivan de ser Sacramento de comunión en la fe y en la sucesión apostólica" (Ecc. de Euch. n 61 b. Sobre este tema trata ampliamente Juan Pablo II en el capítulo III de la Encíclica, al que me remito).

3. Presencia fundante de la mediación materna de María en la Eucaristía.

En el capítulo VI de la Encíclica de Juan Pablo II "Ecclesia de Eucharistia" ("En la escuela de María, Mujer Eucarística") hace notar el Papa de María la profunda relación que tiene María con la Eucaristía, no sólo por razones de ejemplaridad –que expone de modo admirable en la mayor parte de su contenido–, sino de verdadera presencia en ella, personal y salvífica.

He aquí un resumen de la sobria enseñanza de la Encíclica sobre esta misteriosa presencia.

Al ofrecer su seno virginal para la Encarnación redentora, consintiendo a cooperar con su Hijo a la obra de la salvación desde el "fiat" de Nazareth, hasta el "fiat" del Calvario, "estaba haciendo suya la dimensión sacrificial de la Eucaristía",¹⁵ que hace salvíficamente presente, la compasión de María unida –cor unum et anima una– a la Pasión redentora del Señor, para aplicar sus frutos con la cooperación de la Iglesia. Por ello, "María está presente en todas nuestras celebraciones eucarísticas" (n. 57). "En el memorial del Calvario ("haced esto en conmemoración mía" Lc 22, 19) está presente todo lo que Cristo ha llevado a cabo en su Pasión y muerte. Por tanto no falta lo que Cristo ha realizado en colaboración con su Madre para beneficio nuestro" (n. 5.7 a).

Con respecto a la dimensión más propiamente sacramental de la Eucaristía como tabernáculo de la presencia permanente de Cristo en estado de víctima, la Encíclica hace notar que está en continuidad con la encarnación redentora¹⁶. "Al recibirlo en la Eucaristía debía significar

Sabiduría encarnada en Jesucristo se refleja en el complemento femenino, María, con su extensión universal que es la Iglesia, cuyo rostro refleja. La dimensión petrina de la Iglesia, como justificaremos luego, aparece en la perspectiva católica como un servicio indispensable a esta dimensión eucarística-mariana que acabarán aceptando como ya lo hizo el genial Soloviev al final de su vida.

¹⁴ La indefectibilidad de la Eucaristía y de la Iglesia -que vive de ella- tiene un triple fundamento pneumatológico, cristológico y petrino, que corresponde a la triple promesa de Cristo (Jn 14, 16, Mt 28, 20 y Mt 16, 18), que incluye implícitamente una dimensión mariana que estudiamos aquí.

¹⁵ "Con toda su vida junto a Cristo y no solamente en el Calvario hizo suya la dimensión sacrificial de la Eucaristía. En la presentación oyó al anciano Simeón el anuncio de la espada de dolor del Calvario, realizado en el "Stabat Mater" de la Virgen al pie de la Cruz (n. 56 a).

¹⁶ León XIII, en la C. Enc. "Mirae Charitatis", decía que según el testimonio de los Santos Padres: "Eucharistia continuatio et amplificatio quaedam Incarnationis censenda est".

para María como un acoger de nuevo el Corazón que había latido al unísono con el suyo cuando preparaba en Ella el Espíritu Santo un cuerpo apto para el sacrificio expiatorio,¹⁷ y revivir lo que había experimentado en primera persona al pie de la Cruz”.¹⁸

María es cooferente -a lo largo de toda su vida corredentora, que culmina en el supremo desgarramiento de su Corazón en la Pasión- *del sacrificio de Cristo y de su propia compasión. La Santa Misa, renovación sacramental del sacrificio del Calvario* a lo largo del tiempo y del espacio para aplicar sus frutos, con la cooperación de la Iglesia -en el orden de la redención subjetiva-, incluye, por tanto, la cooperación de la nueva Eva asociada al nuevo Adán -de manera única (“prorsus singularis” LG 61) en la restauración de la vida sobrenatural, en el orden de la redención adquisitiva.

La mediación materna de María, incluye, pues, la más alta participación de la Mediación capital de Cristo, sacerdotal, profética y real, que es superior (no sólo de grado, sino en esencia, por ser “de orden hipostático”), a la que es propia del sacerdocio ministerial que participa de ambas -capital y maternal- en unidad dual. Según el Magisterio, en efecto. *María no sólo aceptó -asociándose a él- el sacrificio de la cruz consumado en un determinado momento de la historia, sino también en su extensión en el tiempo. Por eso es tan real su presencia -como Corredentora, Mediadora en el Mediador- en la Santa Misa como en el Calvario*¹⁹. Es más, *esa presencia activa de la Corredentora en el Sacrificio Eucarístico continúa de modo inefable en el Santísimo Sacramento, en íntima unión con Cristo sacramentado, “corazón viviente de la Iglesia”, que vive de la Eucaristía*²⁰.

Este es el fundamento teológico de la experiencia de -cada vez más frecuente, a juzgar por autorizados testimonios-, que perciben *junto a la presencia del Señor en la hostia*²¹ *consagrada una singular presencia inefable de María*, real también. No se trata, obviamente, de una presencia por transubstanciación, sino por inseparabilidad en la oblación sacrificial de los Corazones unidos del Corredentor y la Corredentora, “*Cor unum et anima una*”.

La presencia de María podría explicarse -en efecto- teniendo en cuenta esta indisociable inseparabilidad de la Corredentora -“*Cor unum et anima una*”- con el Redentor, aplicando a Ella la doctrina de Sto. Tomás sobre la necesaria concomitancia -natural o sobrenatural- con respecto a la presencia “*per modum substantiae*” del Cuerpo y la Sangre de Cristo Sacerdote (que renueva de modo sacramental incruento la entrega redentora de su vida en el holocausto del Calvario por el derramamiento de su preciosísima Sangre), que acontece “*vi verborum*” (por la fuerza de las palabras de la doble transustanciación.²² El Aquinatense hace referencia solo a la indisociable inseparabilidad en Cristo glorioso de su cuerpo, sangre, alma, su Humanidad, unida hipostáticamente a la divinidad del Verbo que se encarna para redimirnos en María. Pero puede

¹⁷ Cf. Hb 10, 5-7.

¹⁸ n. 56 b.

¹⁹ Es muy amplia la bibliografía sobre el tema, G. CROSETTI, *Maria e l'Eucaristia nella Chiesa*, Bolonia 2001, AA.VV, *Maria e l'Eucaristia*, Roma 2000, a cura di E. M. TONIOLO, que ofrece al final del volumen una amplia bibliografía, que comienza con los estudios publicados en la Actas del Congreso mariológico de 1950, *Alma Socia Christi*, y de diversas sociedades mariológicas sobre este tema y un concluye con amplio elenco de publicaciones sobre él, en orden alfabético de autores (pp. 310-330).

²⁰ Cfr. CH. JOURNET, *Entretiens sur Marie*, Parole et Silence, Langres-Saint-Geosmes, 2001, que afirma: << *l'Eucharistie, Marie, le Pape, “c'est tout un”, c'est à dire cela forme une unité indisociable*>> (« Les Trois Blancheurs »).

²¹ Cfr. Card. JOURNET, *Entretiens sur Marie*, cit. C. III. San Josemaría E. incluía también -como uno de “los Tres” de la trinidad de la tierra- a San José, inefablemente presente en el misterio eucarístico.

²² “Ex supernaturali concomitantiae” -diría Sto Tomás del alma y la divinidad de Cristo con respecto a la presencia “*per modum substantiae*” del Cuerpo y la Sangre de Cristo Sacerdote (que renueva de modo sacramental incruento la entrega de su vida en el holocausto del Calvario por el derramamiento de su preciosísima Sangre), que acontece “*vi verborum transubstantationis*””. Véanse textos en A. PIOLANTI, *El Misterio Eucarístico*, Madrid 1958, t.I, 327-334.

extenderse, obviamente, también a la Madre del Redentor, por su pertenencia indisociable al orden hipostático en el ser y en el obrar salvífico.²³

4. *La doble dimensión petrina y mariana de la Iglesia peregrina.*

El ministerio ordenado tiene la función de asegurar de modo infalible ("opus operatum") la presencia de Cristo, Cabeza y Esposo de la Iglesia, "para hacer que el entero pueblo sacerdotal de Dios pueda ofrecer su culto y oblación espiritual" como don de la Esposa²⁴. En la potestad y eficacia salvífica del sacerdocio ministerial, que está intrínseca y esencialmente ordenado al sacrificio eucarístico -y en él se funda- descansa y se alimenta la vida de la Iglesia. Está al servicio del sacerdocio real del entero pueblo de Dios, haciendo posible el cumplimiento de su misión corredentora como instrumento universal de salvación.

Una consecuencia de esta bipolaridad <<sacerdocio-común sacerdocio-ministerial>> - en su esencial diferenciación y mutua exigencia de complementariedad-, es la impronta en toda la actividad cotidiana de la *doble* -o "principio", como prefiere calificar el Card. Ratzinger- *dimensión petrina y mariana de la Iglesia* (que tiene su origen -como veíamos- en el dinamismo salvífico de la Eucaristía, que la constituye y vivifica con la necesaria mediación de María y del ministerio petrino).

Las gracias de mediación -los dones jerárquicos y carismáticos (LG, 4 a)-, por las que recibe de continuo el Pueblo de Dios, en su fase histórica, una estructura orgánica institucional como sacramento de salvación -pertenecen a la figura de este mundo que pasa. Son meros medios instrumentales, a manera de andamios (San Agustín)²⁵ -obviamente provisionales-, que se usan sólo mientras dura la construcción, al servicio de la edificación de la Iglesia -germen e instrumento del Reino de Dios-, según el "*ordo Charitatis*". Están, pues, al servicio de la comunión salvífica con Dios, que la caridad opera por el libre "*fiat*" del hombre a la voluntad salvífica de Dios. Es decir, de las gracias de santificación, que se actúan por la libre cooperación del hombre con el don del Esposo.

Tal es el "rostro mariano" de la Iglesia, que refleja su más íntima esencia, a cuyo servicio ha provisto su divino Fundador la *dimensión jerárquica-petrina*. Éste tiene como raíz de su

²³ En cuanto a San José, debe afirmarse con Suárez, su pertenencia al orden hipostático, pero no como María, de modo intrínseco -relativo, por su cooperación maternal en la constitución del ser teándrico del Dios-hombre, único Mediador entre Dios y los hombres-, y ("operari sequitur esse") en su obra salvífica, como Mediadora en el Mediador; sino de modo extrínseco-relativo, que no puede menos de tener repercusiones en el orden operativo salvífico, con alguna asociación a María -su Esposa- en la línea corredentiva participada a la de María. S. José ("la sombra de Dios Padre", o "su Icono transparente", se le ha llamado) es, en efecto, de modo no accidental, sino constitutivo de su identidad, en el ser y en el obrar, custodio del "arca de la alianza" (María su Esposa, Madre del Redentor); a modo de "Querubín" de flameante espada (cfr. Gn 3, 24), que guarda el "huerto sellado" de la fecunda Virginitad de María, que contiene el "árbol de la vida", el Mesías Salvador, que quiso ser acogido y educado en el hogar familiar de José, asociándolo -con su Madre, la Corredentora, de manera misteriosa- a su obra salvífica de restauración de la vida sobrenatural perdida en el pecado de los orígenes en el huerto de las delicias, como ministro de salvación, tanto en la redención adquisitiva, como en la aplicativa, a través de la Eucaristía.

José forma con Jesús y María una unidad indisociable en "la Familia de Nazareth" -en el ser y el obrar salvífico- que, San Josemaría Escrivá solía llamar -siguiendo una antigua tradición de origen patrístico, que popularizó Juan Gerson- "*trinidad de la tierra*"; *imagen perfecta* -creo que se puede considerar así- de la "*Trinidad del Cielo*" (la Familia Trinitaria) y camino de acceso a Ella. Cfr. J. FERRER ARELLANLO, *San José nuestro Padre y Señor. La Trinidad de la tierra*. (Teología y espiritualidad josefina). Madrid 2007.

²⁴ Mons.A.del PORTILLO, *Escritos sobre el sacerdocio*, Madrid, 1970,115. De ahí la ineludible necesidad del ministerio ordenado (su "prioridad funcional" en terminología de Pedro RODRÍGUEZ, que está al servicio de la "prioridad sustancial" del sacerdocio común, en cuya actuación se obtiene la comunión salvífica con Dios: la santidad a la que todos están llamados. (Cfr. *El Opus Dei en la Iglesia*, en colaboración con F. OCÁRIZ y J. L. ILLANES, 5ª ed. Madrid 1997).

²⁵ S. AGUSTÍN, *Sermo* 362, 7; PL, 37, 1904. También los compara a los vendajes que suprime el médico una vez alcanzada la curación. (Cfr. *In Psal.* 146, 8; PL, 37, 1904).

eficacia salvífica -y culmen de toda actividad eclesial (cfr. SC9)- la participación en el Cuerpo eucarístico de Cristo, con la que se forma su Cuerpo místico (cfr. 1 Cor 10,7). Se une así el don del Esposo -nuevo Adán- con la necesaria cooperación del don de la Esposa -nueva Eva- para que "se realice la obra de la redención" en la génesis y formación de la estirpe espiritual de la Mujer, hasta que se complete el número de los elegidos²⁶.

"En el ámbito del "gran misterio" de la Iglesia, todos están llamados a responder -como una esposa, según el paradigma de María "primera de la Iglesia" (Ratzinger)- con el don de sí al don inefable del amor de Cristo Redentor, único Esposo de la Iglesia, contribuyendo activamente a la obra de la salvación de sus hermanos los hombres por la *comunión de los santos*. Así se expresa el sacerdocio real, que es universal, que concierne, obviamente, también a los que reciben el sacerdocio ministerial" (MD, 27) (o cualquiera de los otros dones carismáticos o sacramentales, que no son sino concreciones particulares de la vocación genérica cultural -santificadora- que radica en los caracteres de los tres sacramentos de consagración permanente e indeleble).

En la actuación de aquel sacerdocio común a todos los "*Christi fideles*", se va edificando, por el recto ejercicio de las gracias de mediación -que pertenecen a la figura de este mundo que pasa-, el "*ordo charitatis*" de la comunión salvífica con Dios. "*Caritas numquam excidit*" (1 Cor 13, 8). En la Iglesia celestial escatológica no habrá otra jerarquía que la del amor en la plena comunión del Cristo total *in unitate Patris, Filii et Spiritus Sancti plebs adunata* en un universo transfigurado, la "recapitulación" escatológica de todo en Cristo, del Reino consumado.

Por eso, la dimensión mariana de la Iglesia antecede a la petrina (CEC,773), aunque esté estrechamente unida a ella y le sea contemporánea. Y ello no sólo porque María, "la Inmaculada" precede en el camino de la fe -de la fiel respuesta al don de Dios- a cualquier otro miembro de la Iglesia, incluyendo a Pedro y los Apóstoles (que siendo pecadores, forman parte de la Iglesia "sancta ex peccatoribus"), sino también porque el "triple munus" del ministerio jerárquico no tiene otro cometido que "formar a la Iglesia en ese ideal de santidad en que ya está formado y configurado en María"²⁷.

Ella no pretende los poderes apostólicos, pero es Reina de los Apóstoles porque los poderes jerárquicos derivan de su materna mediación²⁸. No es sólo Madre de la gracia de la Filiación divina (de las virtudes y dones) como "*fructus salutis*", sino también de todas las gracias de mediación. El sacerdocio ministerial y el ministerio petrino ("*media salutis*") derivan de su mediación maternal. Es Madre de la Iglesia entera en, y a través de la cual -como sacramento y arca universal de salvación- ejerce su Maternidad sobre cada uno de los hombres en singular²⁹.

Como afirmó Benedicto XVI en su alocución en la Plaza de España el día de la Inmaculada (8-XII-2005)", <<el aspecto "petrino", de la Iglesia está incluido en el aspecto "mariano">>. María es, en efecto, Madre de la Iglesia entera, también de los pastores *en cuanto pastores*, como dijo Pablo VI cuando proclamó el título mariano al final de la III sesión del Cc. Vaticano II. Y en una ocasión tan solemne como el reciente Consistorio a los quince nuevos

²⁶ Por eso la comunión jerárquica es la que hace legítima la comunidad que celebra la Eucaristía; no es un añadido exterior a la Eclesiología eucarística, sino su condición interna. Cfr. *Communio* notio "Institución de la Congregación para la doctrina de la fe" de 1994. No es otra la razón formal del "munus petrinum"; asegurar esa unidad de fe y de comunión garantizando así la legitimidad del culto eucarístico, fuente y culmen de la actividad salvífica de la Iglesia (SC10). El primado de jurisdicción de Pedro asegura la unidad en la fe y en la comunión jerárquica de la Comunidad Sacerdotal orgánicamente estructurada con vistas a recibir la salvación como el don de Dios; la entrega redentora del Señor actualizada sacramentalmente en el misterio eucarístico. Cf. J. RATZINGER, *Iglesia, ecumenismo y política*, cit, p.12 ss. P. RODRÍGUEZ, *Iglesia y ecumenismo*, ibid. *Iglesias particulares y prelaturas personales*, Madrid 1984.

²⁷ La mediación de María incluye la más alta participación del sacerdocio de Cristo, superior (no sólo de grado, sino en esencia, por ser de orden hipostático), al común y al ministerial. Según el Magisterio, en efecto, María es coferente del sacrificio de Cristo y de su propia compasión; todo lo cual se hace presente en la Misa, que hace sacramentalmente presente el sacrificio del Calvario, que incluye la cooperación corredentora de la nueva Eva asociada al nuevo Adán en la restauración de la vida sobrenatural que vivifica la Iglesia, nacida del Costado abierto y de la espada de dolor de la Mujer cuya imagen refleja. De su mediación materna derivan -subordinadamente a Cristo Mediador- todas las dimensiones de la Iglesia, incluidos los dones jerárquicos y carismáticos. Como dice Pablo VI, al proclamarla Madre de la Iglesia, es Madre de los pastores en cuanto Pastores (no sólo en cuanto fieles).

²⁸ Cf. H. Urs. Von BALTHASAR, *New Klasterlungen*, p.181 de la trad. it. (cit. por Juan Pablo II -tema recurrente en su Magisterio- en la "Mulieris dignitatem". nt.55). El nuevo CEC (n.773) se hace eco del tema resumiendo MD 27, cuya doctrina se recoge en el texto.

²⁹ De este tema trato más ampliamente en "La persona mística de la Iglesia", en *Scripta Theologica*, 27 (1993) 830 ss.

cardenales, el mismo Benedicto XVI les dijo que “el anillo cardenalicio simboliza la unión de las dimensiones mariana y petrina de la Iglesia”. Y añadió: «Todo en la Iglesia, cada institución y ministerio, comprendido el de Pedro y sus sucesores, esta “envuelto” (cubierto) por el manto de la Virgen, en el espacio lleno de gracia de su sí a la voluntad de Dios».³⁰ En ese ámbito, junto con María, se sitúa, sin duda, la paternidad espiritual de San José sobre la Iglesia entera, desde su supremo Pastor, hasta el último de sus miembros, como Padre común de la Iglesia universal.

CONCLUSIÓN

La *dimensión petrina de la Iglesia -la estructura sacramental de la Iglesia “organice structa”* (LG 11) por dones jerárquicos y carismáticos (LG 4) bajo la autoridad de Pedro y sus sucesores- tiene como razón formal hacer posible el don del Esposo, que capacita a la Esposa a aportar su propio don, libre y personal, asegurando la unidad de la fe y comunión del entero pueblo de Dios, mediante el ministerio de la palabra y los sacramentos. Éste tiene como raíz de su eficacia salvífica -y culmen de toda actividad eclesial (cf. SC9)- la participación en el Cuerpo eucarístico de Cristo, con la que se forma su Cuerpo místico (Cf. 1 Cor 10,7). Se une así el *don del Esposo* (“opus operatum”) -nuevo Adán- con la necesaria cooperación del *don de la Esposa* -nueva Eva- (“opus operantis”) para que “se realice la obra de la redención” en la génesis y formación de la estirpe espiritual de la Mujer del alfa y del omega, del Génesis (3,15) y del Apocalipsis (12 y 13) ,hasta que se complete el número de los elegidos (la *dimensión mariana de la Iglesia*). Por eso la tradición ha visto en el misterio eucarístico la prenda -anticipo sacramental- de las bodas escatológicas del Cordero con la Esposa, que es la nueva Jerusalén -nuestra Madre (Gal.4,26)- que desciende del cielo como Esposa engalanada para su Esposo (Ap 21,2): “tabernáculo de Dios entre los hombres” (Ap 21,3) en el pleno cumplimiento escatológico de la nueva y eterna alianza en el Reino consumado.

Los Bienaventurados intervienen activamente especialmente María y José en esa progresiva construcción del Reino de Dios, en espera de su plenitud escatológica, con un celo expectante, encendido en el fuego de la contemplación, por la gloria de Dios, inseparable de un odio proporcional de abominación al pecado que se la arrebatara. Por eso, el estado de bienaventuranza es un descanso activo en el que tiene lugar una efectiva participación del oficio regal de Cristo, que contribuye eficazmente a la edificación de la Iglesia.

Los bienaventurados “esperan”, pues, la consumación del reino de Dios en la recapitulación escatológica de todas las cosas del cielo y de la tierra en Cristo (Ef 1, 10)³¹. Según S. Agustín, se daría entonces también un aumento intensivo de la visión beatífica³² por una nueva comunicación del Espíritu –también por mediación de la trinidad de la tierra– que llevaría así a su plenitud la filiación divina en Cristo, que redundaría en la redención – transformación – del cuerpo (cfr. Rm 8), en un universo transfigurado (nuevos cielos y nueva tierra), cuando se cumpla al fin el número de los elegidos.

³⁰ L’Observatore Romano, n. 13, 28–III–2006, 3.

³¹ Cfr. H. De LUBAC, o.c. p. 101.

³² Cfr. C. POZO, *Teología del más allá*, Madrid BAC, 2 ed. 1992.